

DIARIO DE MALLORCA



SALVADOR CALVO MUÑOZ

Primer Día.- Son las 8 a.m. y aún estamos en casa. A las 11 sale el bus hacia Madrid. A las primeras de cambio protesta generalizada del maldito cuerpo: A un catarro nasal desesperante y asfixiante le sumaremos los efectos de una gastroenteritis descomunal, con lo cual el ánimo y el organismo quedan a la altura de las circunstancias. Habría que sumar otras perspectivas adversas, pero el galeote ha de sufrir el banco de remar con la resignación que Dios quiera.

Si la primavera ofrece ya sus encantos, aquí hay una sequía absolutamente desagradable. Veremos que nos dice el paisaje desde el bus. Luego vendrá lo del vuelo y de noche rendiremos cuentas. La Torre de Esteban Hambrán, Navalcarnero...se van convirtiendo ya en topónimos familiares de tantas veces como hemos ido a Madrid; pero desde la estrechez del bus no vemos nada. A2 y Barajas. Terminal 2. Enorme trajín en esas estaciones mundiales del viaje. Qué lejos todo del sentimiento que nos alienta el triste vivir.

A media tarde, el avión de “AirEuropa” y el consiguiente temor inexorable a pasar horas en esas alturas. Cuando viajamos así, nos agobia la estrechez y más la imposibilidad de mover las piernas. Va cayendo la noche en el mar más allá de Valencia. ¡Qué iracundia de hiel y sin sentido!, como dijo el poeta. No vemos Mallorca ni Palma, pero ya estamos en la isla. Vida de hotel. Veremos que nos depararán los venideros días.

Segundo Día.- Condesa de la Bahía. Las vistas desde la terracita de la habitación son las del interior de este país. Una eminencia del terreno allá enfrente, donde presumo que habitará el “boc”, esa cabrita silvestre objeto de los amantes del rececho. Ya me

gustaría. A dos pasos el mar, la mar, y las intenciones de playa que evaporan sin contemplaciones unos nubarrajos pardos que han llegado desde lejanía.

Jose y Carmina nos han llevado a ver Serra Tramuntana. Imponente. Demasiados paisajes atractivos como para describirlos. No imaginé semejante altura y tales barrancos. Bahía de Pollensa. Y antes de ello, Pollentia. En Alcudia una ciudad romana de la que asoman algunos restos, foros, teatro, columnas...siempre Roma. Desde el mirador de Formentor vamos a Lluç. Adorable retiro en el Monasterio, donde tenemos la



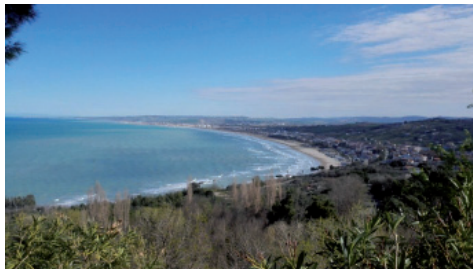
Monasterio de Lluç.

fortuna de cara: cuando estábamos en el templo apareció la famosa escolanía de niños cantores que nos deleitó con sus voces. En un restaurante par del monasterio comimos el plato típico: “frito de cordero”, muy bueno, y luego subimos y bajamos mil veces esa endemoniada carretera hasta el Torrent de Pareis y Sa Calobra. ¿Habéis visto el azul precioso de esas aguas? Azul esmeralda o azul turquesa, tanto da. Regresamos cuando la tarde va anunciando la noche. Mañana, Dios dirá: Palma.

Tercer Día.- Palma. A las 9 '10 bus. Inca y Palma. Plaza de España, Estación Intermodal. A la salida, la esfinge de Jaime I el “Conqueridor” y paseamos luego por el Carrer de San Miquel. Jose y Carmina nos llevaron a

ver el precioso claustro de San Francesc y nos fueron comentando otros monumentos que ahora se me pierden en la gastada memoria.

A medida que crecía el aluvión humano de turistas nos acercábamos a la Catedral y allá abajo el Puerto de Palma, la inmensa y maravillosa Bahía iluminada por el sol del mediodía. Hay demasiadas imágenes en la retina como para describirlas. A la postre volvimos hacia el centro por el Borne y la Plaza Mayor. Carmina y Jose nos dieron de comer, en su casa, un delicioso “arroz brut” y tras la serena sobremesa viajamos a Andratx, es decir al Port d’Andratx, muy bello, pero con el manchurrón ominoso de unas colinas de verde monte ocupadas por un atestón de chalets. La ley del suelo y la corrupción que no cesan.



Bahía de Palma.

Luego Puerto Portals, donde contemplamos con asombro el fabuloso tamaño de los yates de lujo, allí atracados como inmensas ballenas varadas. Impresionantes monstruos de la riqueza y la ostentación. La gentileza de Jose nos llevó de regreso al hotel de Alcudia. Muchas, demasiadas imágenes. Gentes de todo tipo y color; todos los idiomas. Palma fantástica. La Catedral cerrada. La abrirán un rato el domingo próximo.

En Puerto Pi el rey Jaime derrotó a los moros (no dejó vivo ni uno) y después de la batalla, con los suyos, se dispuso a comer algo, pero no habían preparado nada, de modo que le ofrecieron un poco de cebolla, algún puerro o algo así. Y lo que él comiera, comería la tropa; así que comió un poco de aquella crudeza y dijo: “Ben dinat” (Buena cena). De ahí el topónimo. Mañana Sóller.

Cuarto Día.- Palma. Sóller. El bus a las 9'15 hacia Inca y Palma. Enseguida damos con Jose y Carmina. Viernes Santo. “Hay poca gente por las calles de Palma”, dice Jose. ¡Cómo que poca! Hay turistas a montón. Esto es un predio alemán. Salimos hacia Sóller, que está en la Tramuntana después de pasar –pagando – el ominoso y vergonzoso túnel de Sóller (aquel escándalo de Canellas). Sóller tiene una iglesia monumental que destaca en una placita abigarrada de turismo, en un hoyo de calles estrechas por las que a veces pasa un tranvía. Alrededor, los farallones inmensos rodean el pueblo viejo y nuevo de Sóller.

De allí a Fornalutx, otro minúsculo pueblito metido en otro hoyo rodeado de crestas. Allí cerca, el Puig Mayor (la mayor altura de Baleares). En el Puerto de Sóller más abigarramiento de turistas y una bahía casi cerrada (fue base de submarinos alemanes). Comimos algo y regresamos a Palma. Bus, y de nuevo el Condesa de la Bahía. El cansancio va haciendo mella. Siguen apareciendo las nubes.

Quinto Día.- Menorca. En el Puerto de Alcudia subimos a un barco amarillo de pasajeros que hace el viaje de allí a Ciudadela. Dos horas y media largas entre ambos puertos. En Ciudadela nos esperaba el guía: Alberto Manuel, un locuaz y correctísimo señor de pelo blanco que nos deleitó con su verbo fluido y con sus cultas y excelentes explicaciones de todo lo habido y por haber sobre Menorca. Fue un lujo haber contado con la excelente enseñanza de guía tan instruido.

De Ciudadela a Mahón por la carretera central de la isla. Al principio hay algunas sierras pero luego la isla es bastante plana y se ve el mar en una y otra lontananza. Nos llamó mucho la atención el perfecto cuarteamiento del suelo en huertos o propiedades perfectamente limitados por paredes de piedra. Todo verde y muchos árboles. (¡Vi correr un conejo!).

Ferries, Es Mercadal, Alaior, a la derecha Es Migjorn, y en la otra punta, a 40 kms, Maó-Mahón. Bueno, en Mahón algunas casas de color marrón rojizo y ventanas de subir y bajar recuerdan lo inglés, el resto, nada. No vimos La Mola, ese famoso fuerte-prisión en el que pasaron muchas cosas, y poco más. El puerto es peculiar por ser más ría que otra cosa, y unas cañas en el Mercado de Pescadores, en un ambiente

más o menos moderno. En una placita, junto a una iglesia, la estatua de Alfonso III, también “Conqueridor”.

Bien, de allí a la costa sur de la isla. Visita al llamado Pueblo de Pescadores que, en realidad, es una sucesión de fenomenales viviendas “vora al mar” de gente de muchísimo poder de adquisición (uno de Dear Purple, la madre de Elton John, etc); y luego, en Binibeca o Binibequer Vell, una estructura de casas enlazadas por pasillos estrechos y todas blancas que da gusto verlas.

Comimos en Sant Lluís (otro magnífico bufet de hotel) y de allí subimos a la montaña del Santuario del Toro, junto a Es Mercadal, el pueblo más antiguo de la isla. A la postre, Ciudadela, y esta ciudad sí que merece un elogio: casas enormes, palacios, iglesias, monumentos todos admirables. Los ingleses trasladaron la capitalidad a Mahón, pero Ciudadela le da mil vueltas. Y al barco. Marejada de fondo y un mareo molesto que combatimos con el frío de cubierta. A las once y pico, por fin, el Condesa Hotel. ¡Qué cansancio y qué agradable la serenidad nocturna de las afueras de Alcudia!

Sexto Día.- Palma. De nuevo el bus y a las 11 a.m. de una mañana radiante y fresca caminamos por San Miquel y la Plaza Mayor hasta la Catedral. Domingo, día del Señor. Hay que hacer cola para entrar en la Catedral, y unos controles férreos porque se anuncia la llegada de los Reyes a la misa de 12.

¡Qué maravilla el interior de la Catedral de Palma. Entraba el sol por el rosetón central y lucía la iluminación de las lámparas, sobre todo el portento de la lámpara principal: ¡Una belleza! Se comenta la aportación escultórica de Miquel Barceló y casi todo el mundo opina que es un desconcierto y una tropelía que hayan puesto aquello allí. Confieso que no me di ni cuenta. El caso es que llegamos al cuarto banco de la nave central y al rato llegó la comitiva real: Felipe VI, Letizia, D^a Sofía y las niñas infantas. Pues muy bien, puestos a ello ¡Viva el Rey!



Catedral de Palma.



Jose y Carmina nos esperaban fuera y con ellos fuimos luego a Valldemossa. Un pueblo precioso y en un collado entre montañas (La Tramuntana) en el que, por lo visto, en invierno hace un ventarrón frío que pela. Naturalmente recuerdos para Chopin, Georges Sand, su amada y para Rubén Darío, que tiene/tuvo allí casa. Turistas a montón.

Comimos con Jose y familia en su club marítimo. Magnífico complejo deportivo al mismísimo pie del agua, con una panorámica maravillosa de toda la Bahía de Palma. El plato de rabas, sencillamente delicioso y para culminar la jornada nos obsequian con regalos. Mejor imposible. A la vuelta, en el bus de Alcudia, volvimos a contactar con una familia suiza que viajó también junto a nosotros por la mañana. Sibylle, Martin y sus tres hijos. Nos hicimos amigos e intercambiamos direcciones. La mañana azul y luciente de Palma se había ido y unos nubarrones pardos cubrían la Bahía de Alcudia. Mañana, tranquilidad en el hotel y pasado, de vuelta a casa.

Séptimo Día.- Mañana de paseo en Alcudia, villa que teniéndola tan cerca, aún no habíamos visitado. Muy bella, efectivamente y preparada para lo que hay: turismo a tutiplén. Por fin luce el sol y los turistas, sobre todo los extranjeros, pueden quitarse la ropa y tenderse en las tumbonas del hotel, junto a la piscina, como lagartos. Esto se está ya acabando. Habrá mucho que contar y que recordar. La vaina amarga es que nos vamos con el sabor de que tal vez no volvamos nunca, y eso molesta en el ánimo y hasta duele el tajo desconectador que te dan la vida y el tiempo cuando llega la hora de partir. ¿Por qué ya nunca volver y vivir unos días en Lluc? ¿Por qué no ir a esa Tramuntana a cazar el “boc”? ¿Y Menorca, con sus casitas blancas del sur de la isla?

Para esto sería mejor no haberlo visto y seguir rumiando el paso de los días en el lugar de costumbre. Ahora a hacer la maleta y mañana el viaje de vuelta. Es la hora de partir ¡Oh, abandonado! SCM.

